

## *Sobre la economía española como base*

*Juan VELARDE FUERTES*

Lo señaló en 1785 Jovellanos. Como él dijo, a partir del inicio de la Revolución Industrial, «todo es ya diferente... El comercio, la industria y la opulencia que nace de entrambos» han pasado a ser «por largo tiempo, los únicos apoyos de la preponderancia de un Estado». Ahí empezaba, y no ha concluido, sino que se ha acelerado, la Revolución Industrial. Impresiona el contemplar sus tres grandes etapas sucesivas: la siderometalúrgica y del ferrocarril; la de la industria química y del transporte de energía por la corriente alterna y los oleoductos, y la del motor de explosión interna, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y en el paso del siglo XX al XXI, la robótica, las TIC, la biotecnología, la exploración del espacio exterior...

Esa es la gran interrogación que hemos de plantear a los españoles en estos momentos. Porque su apoyo para alterar de arriba abajo la política económica que se desarrolla, ha pasado a ser esencial, en primer lugar para alcanzar, de nuevo, fuertes ritmos positivos de desarrollo, con su secuela de creación de empleo y de mucho mayor bienestar material, pero también para que, de nuevo, los intereses de todos los españoles, por supuesto en el ámbito europeo y, lógicamente en el mundial, pasen a tener el peso que nos corresponde por nuestra historia y por lo que, en el concierto internacional, debe significar el mensaje español. La cuestión se ha convertido en especialmente ardua como consecuencia esencialmente de la coyuntura internacional europea y norteamericana. España, que se ha convertido en una economía muy abierta, naturalmente no puede dejar de estar zarandeada por estos golpes exteriores. Pero ello no quiere decir que podamos considerar pasivamente esa realidad. Antes al contrario: conviene reaccionar con viveza contra ella. Pero eso plantea la cuestión esencial de si España tiene, o no, recursos para ello. ¿Va a permanecer en el grupo periférico europeo de los irlandeses, los portugueses, los italianos y los griegos? ¿Existen posibilidades para imaginar una salida?

Los problemas básicos que tienen que resolverse para lograr ese escape del hundimiento que contemplamos cada día en el terreno de la economía servirán para que cinco factores capaces de impulsar con fuerza nuestra actividad productiva se pongan de inmediato en acción. El primero, el aprovechamiento de esa novedad que es el colosal incremento del tráfico marítimo que rodea la Península Ibérica, a causa del auge creciente de ese gran triángulo del Pacífico y del Índico constituido no sólo por China, Japón, Australia y la India, sino por una multitud de otros países de la región, que ha pasado a relacionarse con Europa. Este tráfico tiene lugar por el Índico, el Mar Rojo, el Mediterráneo, y rodea la península. Las dos anteriores grandes corrientes de tráfico —la que unía la rica Europa central y nórdica con Norteamérica, y la que de Norteamérica se vinculaba con Japón tras la caída del shogunado, bien ajenas eran a nuestra economía. Su conexión por el Canal de Panamá, para nada nos afectaba. Pero he ahí que ese creciente tráfico del Pacífico y el Índico —con el aumento de los crudos de petróleo del Oriente Medio—, pasan a llegar a Europa rodeándonos. Esto, de inmediato, crea una renta de situación que quien sabe aprovecharla —¿es preciso citar el caso de Suiza, que sí lo logró, a pesar de sus lamentables condiciones naturales?— encuentra una formidable corriente de renta.

El segundo, nuestra pertenencia no sólo a la Unión Europea, sino además a la Eurozona, lo que crea unas facilidades comerciales y crediticias extraordinarias. Naturalmente con exigencias evidentes, porque el euro se emite por el Banco Central Europeo, y ¡ay de quien se pone enfrente de los intereses básicos que rigen esa importante institución! Ahora mismo los estamos experimentando muchos países, encabezados por Grecia, pero en cuyo conjunto no se puede, por desgracia, hurtar a España.

La tercera es la existencia de un fuerte desarrollo en los países iberoamericanos, con la consecuencia de que eso facilita mucho la expansión de empresas españolas, que tienen en la región economías externas superiores a las de otros países, a causa de evidentes lazos culturales. Así surgen una serie de economías externas que nos favorecen de modo extraordinario.

La cuarta es el alto índice de desarrollo humano, alcanzado por España, lo que unido a una acción rotunda contra la corrupción y una distribución de la renta facilitada por un eficaz Estado de Bienestar, por fuerza tienen que crear un ambiente sociolaboral sin crispaciones en cuanto se resuelva la cuestión del gigantesco nivel de desempleo creado por la pésima política económica desarrollada en España a partir del año 2004. Si se consultan los datos comparativos

con los otros países típicos periféricos, vemos que explican que las tensiones sociales y los frenos derivados de la corrupción sean mejores en España, lo que motiva un mayor interés extranjero por capitalizar en nuestro país frente al resto de la orbe europea, y, naturalmente, de la africana y la asiática. La experiencia turca, en más de un sentido, no es para despreciarla —un crecimiento anual del PIB en el segundo semestre de 2011, del 8,8%, un incremento de la producción industrial, en tasa anual, en julio de 2011, del 6,9%, pero con unos enormes desequilibrios en precios y en balanza de pagos—, que deben hacernos meditar sobre lo que en esa región puede suceder. Israel no deja tampoco de ofrecer perspectivas no siempre gratas.

A todo esto ha de añadirse que ha surgido en España, sobre todo tras la crisis del petróleo, una clase empresarial de muy alto nivel. Lo ratifican las fuertes inversiones que efectúan en el exterior, la fuerte reacción exportadora que ahora mismo se contempla, los sectores implicados en el grupo de grandes empresas incluidas en el grupo de las 500 mayores del mundo que acaba de publicar «Fortune». A pesar de la crisis económica que nos golpea, en ese grupo de «Fortune» existen mas grandes empresas españolas que las que posee Brasil, o la India, o Rusia, o Australia, o Suecia... Simultáneamente, como nos han probado, con sus tesis sobre los distritos industriales, primero el gran Alfredo Marshall, y más recientemente, todo el conjunto de la escuela de *Becattini* y *W. Sengenberger*, y en España, de la profesora Costa Campi, todo un conjunto que se podría denominar de ecología industrial, crea una red impresionante y creciente de pequeñas y medianas empresas, precisamente para que esas grandes puedan funcionar sin problemas.

Si sabemos aprovechar todo lo señalado, en lo dicho residen cinco rampas de lanzamiento para alcanzar desde la economía, otra hora de España en el conjunto mundial, pues en estos momentos ya por nuestro PIB global somos el noveno país mundial, y en el PIB por habitante, eliminando los paraísos fiscales y los productores de petróleo de África y el Oriente Medio, a causa de las cifras de una muy desigual distribución de la renta, ocupamos el número 20, entre los 199 países y territorios contabilizados con esas restricciones. Existen otros índices que se adjuntan. El del PNUD nos sitúa entre los países muy desarrollados y el reciente del Instituto Elcano, con uno evidentemente importante y más amplio que los habituales, que también orienta en la economía, llamado «Índice Elcano de Presencia Global» (IEPG), «pretende medir la proyección mundial de diferentes países en los ámbitos de la economía, la defensa, las migraciones y el turismo, la cultura y la ciencia y la ayuda al desarrollo». La investigación de este IEPG se

debe a Iliana Olivie e Ignacio Molina, con la colaboración de cinco expertos precedentes de la Universidad de Salamanca, del Olympus Consulting, de la Consultan GAD y de otro experto del Instituto Elcano.

Como conjunto, el IEPG nos muestra que España tiene el índice en 2010, de 189,4. Ocupa el puesto 9 en el ámbito global de los países significativos. Por delante están por este orden, Estados Unidos, con el índice 1.000,0, seguido de Alemania, Francia y Reino Unido —los tres con un índice superior a 300—; continúan, en los puestos 5, 6 y 7, con más de 200 de IEPG, sucesivamente China, Japón y Rusia. Italia —puesto 8— tiene 192,4. Inmediatamente detrás de España, con más de 170, van Canadá y Holanda. El mundo hispano se escalone entre México, con un IEPG de 71,5 y Colombia con 18,8. Nuestro vecino Portugal tiene un IEPG de 33,4 y ocupa el puesto 36. Añadirse que Venezuela, tiene el puesto 38, con un IEPG de 30,4 y Argentina, el 39, con uno de 28,2.

Para reemprender el camino es evidente que se precisa exhibir un programa económico que, al promover un alto rendimiento, garantice a los acreedores que la deuda total española —la pública, la de las empresas financieras y no financieras y la de las economías domésticas— va a poder liquidarse. Eso exige que se desarrolle un programa que, al par, mejore nuestra competitividad, para poder imponernos respecto a competidores de otros países. Simultáneamente, que el Sector público no va a incrementar su déficit, a través de una racional disminución del gasto.

Para lograr estos dos objetivos es absolutamente precise poner en marcha una política energética que rebaje los costes de producción, y la alta dependencia exterior que existe en estos momentos. El juego de la energía nuclear y de las renovables serán las bases esenciales de un mix energético que, tampoco, puede permitirse prescindir tanto del carbón como de la hidroelectricidad.

Asimismo, y realmente impresiona la cantidad de estudios congruentes con esta cuestión, es necesario admitir que es absolutamente preciso, para que mejore el empleo, superar la actual rigidez del mercado laboral, especialmente mostrado en aspectos concretos de la negociación colectiva.

Evidentemente, y muy especialmente tras los planteamientos de Basilea III y de las exigencias derivadas de esa pieza clave que es el crédito con objeto de que no se provoque una catástrofe económica en España, es preciso que, para mantenernos con holgura en el área del euro, se culmine la reforma iniciada del

sistema crediticio, con especial incidencia en la conversión de las Cajas de Ahorros en piezas clave de ese nuevo sistema. Ante el cambio político que parece se avecina, es preciso admitir que una de las obligaciones más importantes del nuevo Gobierno será la culminación de esta reforma de lo que es la mitad de nuestro sistema crediticio.

Dejo a un lado los apartados del Estado de Bienestar que necesitan un arreglo evidente, pero que aquí ya está enunciado.

Simultáneamente hay que comprometerse, porque de otro modo el desarrollo económico quedaría trabado, a eliminar toda una serie de barreras institucionales para generar eficacia, transparencia e independencia en la regulación económica, para eliminar ese bochornoso puesto mundial 62 que ocupa en la publicación «Doing Business 2010» del Banco Mundial, en la clasificación de facilidades para emprender negocios, lo que nos sitúa en ese puesto 62, un poco peor que Kuwait y un poco mejor que Kazakstán.

Y es indispensable, por su situación central y consecuencias, y sus dificultades técnicas, crear sin dilación una comisión de expertos de reconocida valía, para poner en marcha una reforma tributaria que afecte al Estado, las Autonomías y los entes locales, con objeto de no empeorar la distribución de la renta, de facilitar el ahorro y la inversión, de garantizar la existencia de eficaces servicios públicos, así como de no perturbar la economía libre de mercado que debe constituir la base esencial de nuestro desarrollo. Por el lado del gasto es preciso y urgente el abandono de cualquier veleidad populista, que conduzca a despilfarros en la construcción de infraestructuras, con resultados tan penosos como los contemplados últimamente, y que perturban las líneas de eficacia que debe tener toda política racional de transportes y comunicaciones. Ésta, como se ha señalado, deberá conseguir aprovechar al máximo la renta de situación que, como se ha dicho, tiene España. Los despilfarros del gasto público, no son tolerables.

De ahí la necesidad imperiosa para liquidar el que se perpetúen las políticas de intervencionismo económico que se han impulsado, en el ámbito autonómico, a lo largo de la última década. El resultado ha sido la ruptura del mercado interior español, con la consiguiente pérdida de competitividad y, desde luego, con creación de tensiones inflacionistas muy fuertes, que casan mal con la política del Banco Central Europeo de bajar los tipos de interés. Al pasar estos a ser negativos, se fomenta todo tipo de especulaciones financieras.

Carece, pues, de sentido no creer en la economía libre de mercado. Por eso han de reducirse las intervenciones a aquellas que se relacionan con la dignidad de la persona humana, como es el caso de la política social; con el disfrute de tesoros artísticos colectivos y de ámbitos privilegiados de la Naturaleza; con el mercado agrícola, de acuerdo con la Política Agrícola Comunitaria; con el de los productos relacionados con la defensa nacional y con la obligada atención al mundo financiero. Por eso es preciso dedicar atención especial al problema industrial agropecuario. Por una parte, la presión de la población mundial y que ésta tiene más altos niveles de renta, por el efecto Engel, generará una demanda creciente de bienes agrícolas. Estos, naturalmente, complicarán el tema de los piensos, junto con una mayor demanda de bienes derivados de la ganadería, y los problemas complementarios derivados tanto de los biocombustibles, como de proteccionismos abiertos en una serie de países, o como de la política española en el conjunto de la PAC que ha experimentado golpes importantes como fruto de deficientes negociaciones diplomáticas. Salvo eso, es obligado impulsar la libertad económica, liquidando de raíz la proliferación de empresas públicas, de fundaciones, de consorcios, que han surgido al amparo de Autonomías y Corporaciones Locales, con la consecuencia de oscurecer notablemente el funcionamiento del Sector Público.

Pero aun más importante que todo lo anterior, planteado a largo plazo, es la preocupación creciente que existe en relación con nuestro sistema educativo. Es necesario que éste proporcione una población activa congruente con la fortísima dinámica de la Revolución Industrial. Para no ser descabalgados de ella, es preciso alterar muy radicalmente lo que está en marcha ahora mismo, desde la enseñanza primaria a la universitaria, pasando por la formación profesional. Simultáneamente, los programas de avance científico-tecnológico con proyección en el mundo de las empresas, deben concluir por generar una situación cada vez más competitiva y clave en los planteamientos de la política económica española.

También se considera obligada la política española a impulsar, con sus derivaciones económicas, todo el proceso de integración y ampliación en la Unión Europea, y asimismo, a establecer enlaces lo más intensos posibles con todos los países del ámbito cultural hispano.

Desgraciadamente, no es posible olvidar en estos momentos la desconfianza que reina en los ámbitos financieros mundiales, en los que tiene que actuar una economía tan abierta como es la española. Por ello es necesario exigir que exis-

ta con la mayor transparencia imaginable, toda la información económica que sirva para mostrar que se ponen en acción en España todos y cada uno de los puntos citados, así como cualquier ampliación que se derive de una alteración en la coyuntura internacional. Hay que ser conscientes de que la pésima política económica practicada desde 2004, ha acarreado la desconfianza de los mercados. Es preciso obligar, con el máximo empeño, en recuperarla con la mayor rapidez posible. En 1959, en 1973, en 1978, en 1996, lo logramos, y eso nos ofrece la línea de política económica a seguir.

Pero existen necesidades de ahora mismo. Me atrevo a decir, en resumen: máxima urgencia en la resolución del problema crediticio; consolidación fiscal y estabilidad presupuestaria; reformas estructurales para ganar competitividad; austeridad en el gasto público. Todo esto pensando que los españoles se merecen continuar en la senda del progreso económico y social, con la tranquilidad que pueda dar la aparición de un paquete global de medidas con un horizonte de varios años, inspirador de credibilidad y generador de confianza en un ámbito macroeconómico fuertemente globalizado.

En resumen. Estamos, por un lado, al borde del abismo, si no se reacciona, pero también con posibilidades de convertirnos en uno de esos países que, como decía Jovellanos, sean capaces de que les tengan en cuenta por su preponderancia, no ya en Europa, sino en el mundo.